

19°26'3.48"N, 99° 5'4.02"W

Dalí tenía razón: es sorprendente que a nadie antes de él se le haya ocurrido pintar relojes blandos. O monedas blandas, mapas, libros, carreteras; personas alarmanamente blandas, personas de cera, expuestas ante el gran pabito de la rutina diaria. “Es un poco extraño, doctor, lo que me pasa. Una sensación extraña en la lengua, un leve retraso al parpadear”. Esto sucedió hace cuatro días. No sentía dolor, no estaba preocupado, al contrario, me resultaba interesante. Como al personaje de Poe que observaba con curiosidad científica su propia autopsia. En un lapso de 24 horas la parálisis facial será completa, dijo, ¿hace ejercicio?, ¿viaja?, ¿va al cine?; distráigase, salga de la monotonía. Me sentí Garrick, quiero decir muy triste. Al reverso de la receta decía inflar globos y masticar chicles Trident. Me sentí Garrick. Y sólo ahora me doy cuenta, Dalí tenía razón: es sorprendente que a nadie antes de él se le haya ocurrido representar en toda su fidelidad una parálisis.

38°47'47"N 9°23'46"W

Una tarde cualquiera de domingo, un joven deja su cuarto de la Rúa Almirante Barroso y se dirige a Sintra. El viaje es largo; la carretera tediosa. A pesar de su corta edad se ha pasado la vida de un lugar a otro, siempre de un lugar a otro, sin dinero. Nada importa. Llena sus días de Dickens, de Baudelaire, de Whitman; piensa que sentir es la mejor forma viajar, así que cierra los ojos hasta el final del viaje. Llega a Sintra. Con paso seguro entra en la casa número 5 de la Rua Barbosa do Bocage, donde lo espero yo, con un siglo de retraso, con mi cara de turista cauteloso paseando en los jardines, las fuentes, los salones. A esta hora, la hora de la escritura automática, suele ser presa de temblores y dolores de cabeza. Hoy no. Hoy está tranquilo, convincente, y lo miro descender, acompañado de cuatro caballeros, por la espiral de piedra. “Cuanto más descendiendo en mí, más subo hacia Dios”. Así lo sueño cuando bajo a la mística caverna, así lo adivino en la posada del asombro.